

## *La quincalla de papel*

### *Un movimiento sostenuto e maestoso*

*Juan Luis Trillo de Leyva*

No estoy seguro de ello, es natural que sea así; pero creo, pienso, que mis primeros objetos de atención fueron los muestrarios de la quincalla de mi barrio, cuando apenas tenía tres o cuatro años. La fachada del comercio estaba escondida en uno de los zigzag de la calle, de una estrecha calle de intramuros, era una puerta también estrecha que a cada lado, en las jambas, tenía dos expositores de madera. La quincalla, que aún existe, he ido a visitarla para asegurarme de ello, tiene en uno de sus lados una pared medianera, es decir, una pared muy alta sin ventanas ni puertas. Una pared que la quincallera usaba para su publicidad aunque pertenecía a la casa de al lado, al puesto de “calentitos” de la inmensa “Pepa la de los calientes”. Cuando se acercaban las navidades la pared perpendicular a la puerta de la quincalla se llenaba de panderetas de muchos tamaños, ordenadas de más grandes a más pequeñas, de arriba a abajo. Aquellos increíbles círculos de madera con platillos metálicos y pellejos tensos y con nervios colgaban de la pared formando un triángulo. Las pandereetas más pequeñas, miniaturas absurdas, quedaban a la altura de mis manos. No me era difícil conseguir que me compraran una de ellas escaqueada entre los carretes de hilo, agujas, botones, cintas y alfileres que mi madre necesitaba. Al volver a casa creía estar contento, tenía un pequeño instrumento musical navideño, pero no era así, antes de llegar ya echaba de menos aquella pared y su colgadura. Mi deseo era la ristra completa, aquel muestrario que suspendido por arriba golpeaba y hacía sonar los platillos metálicos con los primeros vientos de noviembre. Un triángulo agudo que apuntaba a la acera, que partía de tres panderetas descomunales y que concluía con una minúscula. Menos estacionales pero no menos maravillosos eran los muestrarios de botones cosidos sobre cartones. Recuerdo con admiración los grandes botones de abrigo, pulidos y brillantes, de dos o cuatro agujeros. Cuando los miraba imaginaba equipos de fútbol y les ponía nombres, como Gento, Campanal o Puskas. En primavera, poco antes que de la medianera colgara una hilera de capirotos de cartón, mi primera “columna sin fin” brancusiana, el triángulo de acera que formaba la fachada con la pared ciega se llenaba de alcancías de barro. Ásperas alcancías de postguerra que colmábamos de perras gordas y chicas. Las más grandes, inaccesibles, se pegaban a la pared, mientras las más pequeñas limitaban un estrecho pasillo de acceso a la tienda. Qué bello aquel paisaje horizontal que como la mesa de trabajo de Morandi se inundaba de objetos y de círculos ordenados. La acera llena de pechos lorquianos, cortados y hendidos, pechos de pezones toscos y agresivos. Es ahora, sólo ahora, cuando entiendo la atracción mágica que aquel lugar tenía para un niño nostálgico, galería de arte especializada en Brancusis y Morandis, de los que sabría muchos años más tarde. Hubo otros muestrarios antiguos, los pliegos de cromos, brillantes y autónomos como islas con puentes, los recortables de soldaditos de papel, absolutamente irrecortables, también, las ordenadas cajas de lápices de colores que traían todos los años los Reyes Magos...

De joven continué siendo atraído por los muestrarios ordenados, hasta hace muy poco tiempo no podía evitar comprar cartulinas de colores que no necesitaba, tal era mi admiración por el muestrario de las cartulinas Canson de las papelerías. En el estudio comprendía que, a veces, la parte no es el todo. Ocurrió lo mismo con los muestrarios de papel y con los discos de vinilo, y con los colores del “pantone”, y con los muestrarios de piedra, y con las secciones de aluminio de las ventanas... Letanías de este y de otros tiempos que hoy son evocadas por una guía de arquitectura, que dirige y encamina hacia otras arquitecturas. Guía auspiciada por un Colegio de Arquitectos que no se deja impregnar del espíritu de los tiempos del fácil “resistir sin hacer nada” y que encuentra en el arquitecto Daniel Rincón la energía motriz para mantener un movimiento *sostenuto e maestoso*.

Juan Luis Trillo de Leyva es doctor arquitecto por la Escuela de Arquitectura de Sevilla.

De su obra, realizada junto a Antonio Martínez, destaca entre otros la reciente rehabilitación del Convento de San Agustín en Jerez de la Frontera.

Es catedrático de Proyectos Arquitectónicos en la Escuela de Sevilla y autor de numerosos textos de arquitectura, como *Argumentos sobre la contigüidad en arquitectura* o *La palabra y el dibujo*. Alvaro Siza editado por Lampreave.